

TENSIONES INTERNAS EN LA FUERZA ARMADA

El discurso pronunciado el 7 de mayo en la Escuela Militar "Capitán General Gerardo Barrios" por el ministro de defensa, general Carlos Vides Casanova, con ocasión del día del soldado, constituye un termómetro significativo para inferir cómo la Fuerza Armada ha estado percibiendo en los últimos meses los problemas fundamentales que enfrenta el país y cuál sería el papel que le tocaría desempeñar a la propia institución castrense en el marco de esa problemática.

Desde luego, hay que separar el mensaje de fondo de lo que no son sino imágenes retóricas inducidas por la ocasión, pero, una vez efectuada esta disección, el eje principal del discurso parece claro. Contra lo que aparentemente hubiera sido de esperarse, la atención mayor del ministro no se concentró en la lucha estrictamente militar contra el FMLN, pese a la virulencia cobrada por el accionar guerrillero en los meses precedentes y los ataques a El Paraíso y San Francisco Gotera. Ciertamente, frente a quienes todavía no se toman muy en serio que el país entero vive una situación de guerra, y menos aún están dispuestos a contribuir a su financiamiento —por más que se opongan cerrilmente a una salida política al conflicto— el ministro de defensa recordó que la guerra "no es una amenaza hipotética o fantasmal. La guerra es lamentablemente un hecho real que está hoy presente dentro de nuestra patria." Sin embargo, no parece ser la dimensión propiamente militar de la guerra, sino su dimensión socio-política, en concreto, la falta de "unidad nacional" para hacerle frente al FMLN, lo que más preocupa a la Fuerza Armada.

En la apreciación del alto mando, el divisionismo prevaleciente entre los partidos políticos y las fuerzas sociales que dicen apoyar el "proceso democrático" sería el factor decisivo que ha impedido la consolidación de la democracia en El Salvador. Frente a ese divisionismo, por el contrario, la Fuerza Ar-

mada estaría cohesionada por una "unidad monolítica" que le permitiría actuar de "elemento conciliador entre los diferentes sectores del quehacer nacional"; el ejército sería "la columna vertebral del país, y el germen más importante de unidad nacional, ya que está constituido por el mismo pueblo en todos sus estratos sociales."

La realización de esta tarea, empero, enfrentaría algunos retos considerables. En primer lugar, la Fuerza Armada debe resolver "las discusiones estériles de muchos que también son nuestros amigos," pero que "retardaron nuestro avance, confunden la opinión pública y entorpecen el entendimiento." En este marco, el general Vides Casanova aludió tácitamente a las presiones de grupos recalcitrantes que intentarían inducir a la Fuerza Armada a retornar al esquema socio-político y económico preveleciente hasta 1979. "Otros, sin darse cuenta de la gravedad de la crisis que afronta nuestro país, han pretendido sin éxito dividirnos; nuestra respuesta ha sido que estamos más unidos que nunca." Asimismo, Vides retomó las críticas al divisionismo entre los partidos, en la misma tónica de las declaraciones que sobre tal cuestión ha venido formulando el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Adolfo Blandón, desde hace más de un año. El ministro de defensa declaró al respecto que "la Fuerza Armada propicia el proceso democrático no para que los componentes políticos se autodestruyan en antagonismos sectarios y personalistas lesionando así nuestro esfuerzo... la patria está por encima de los partidos."

Sobre el trasfondo de este análisis, Vides Casanova reiteró, como aporte específico de la Fuerza Armada a la construcción de la "unidad nacional," el compromiso de la institución castrense (a) "dar pleno respaldo al gobierno legítimamente constituido;" (b) "respetar la independencia de los tres órganos del Estado;" (c) "mantenernos completa-

mente al margen de la política, siendo imparciales, permitiendo que mediante elecciones libres y honestas alcancen el poder los partidos que obtengan el apoyo del pueblo;" (d) "continuar con nuestra política de respeto a los derechos humanos" y "continuar luchando con todos nuestros medios para erradicar definitivamente los mal llamados escuadrones de la muerte."

En su sustancia, el discurso del ministro de defensa ha reiterado lo que ha sido la línea de actuación y el eje del planteamiento ideológico de la Fuerza Armada desde mediados de 1984: una subordinación formal cada vez mayor al poder civil del Estado y un apoyo creciente al proceso reformista desarrollado por el proyecto político norteamericano-democristiano, lo cual se ha traducido, por otro lado, en un distanciamiento progresivo del ejército respecto del gran capital y de los instrumentos políticos de la derecha que siempre fueron sus aliados inmediatos.

No hay que ver necesariamente en este plegamiento de la Fuerza Armada al proceso de institucionalización del Estado en El Salvador el reflejo de una auténtica convicción castrense por las bondades de la democracia. Tampoco puede descartarse rotundamente que el alto mando esté honradamente interesado en democratizar el país. Determinar la honradez de tal propósito implica un enjuiciamiento de las intenciones subjetivas, empresa siempre arriesgada desde el punto de vista político y abusiva desde una perspectiva ética. Pero, ateniéndose a los datos mismos de la realidad, es posible afirmar que la incorporación del ejército al presunto proceso de democratización que se desarrolla en El Salvador es coincidente con el interés y los esfuerzos del gobierno de Reagan para impulsar ese proceso. Salvada una relativa autonomía de la Fuerza Armada frente a las directrices del Pentágono y del Departamento de Estado, no es descabellado sostener que aquélla apoya la "democracia" en El Salvador en la medida en que lo haga Estados Unidos. Por lo mismo, es posible también afirmar que el ejército salvadoreño seguirá apoyando dicho proceso tanto cuanto lo siga apoyando el gobierno de Reagan. El aparente plegamiento de la Fuerza Armada al proyecto democristiano, pues, no es, en el fondo, sino un plegamiento al proyecto norteamericano para El Salvador, al cual está también subordinada, por su lado, la propia democracia cristiana.

Esta postura de la Fuerza Armada ha suscitado un ingente malestar en la derecha y ha agudizado algunas contradicciones internas en el propio gremio castrense, como de alguna manera lo han reflejado las críticas contenidas en el comunicado difundido el 17 de junio por el autodenominado Consejo Militar Nacional (CMN). Contra las aseveraciones del general Vides Casanova el 7 de mayo, el



documento del CMN sugiere que la presunta unidad monolítica que cohesionaba a la Fuerza Armada no es, después de todo, tan monolítica como Vides Casanova sospecha.

Aparentemente, el detonante psicológico del pronunciamiento del CMN lo constituye la desmoralización que empezaría a cundir en las filas del ejército ante la prolongación de un conflicto que no ofrece perspectivas de concluir en un plazo previsible. Al igual que otras muchas fuerzas sociales y políticas, nacionales e internacionales —aunque no siempre por los mismos motivos— el CMN encuentra inexplicable que tras 7 largos años de guerra, la Fuerza Armada aún no haya podido derrotar a los "delincuentes terroristas," y que "los problemas nacionales, en vez de disminuir, se han multiplicado," no obstante que "la multimillonaria ayuda en donaciones y préstamos que han llegado al país en todos estos años debería ya haber cambiado la situación y revertirla hacia una salida de la crisis."

En un primer intento explicativo —fundamentalmente voluntarista— de tal situación, el CMN concentraba sus críticas en tres puntos principales. En primer lugar, en la incapacidad e incompetencia profesional del gobierno y alto mando "para gobernar y dirigir correctamente la guerra." En segundo lugar, además de su incapacidad técnica, los funcionarios del gobierno y algunos mandos militares estarían siendo arrebatados por el remolino de la corrupción: "hemos constatado con pruebas que gran parte de la ayuda internacional ha sido malversada y ha provocado la corrupción de ministros y funcionarios públicos de todo nivel, incluyendo a algunos altos jefes militares que han manchado el honor de nuestra Fuerza Armada." En tercer lugar, en tácita alusión a la injerencia norteamericana, aunque sin trascender a un análisis estructural de ésta, el CMN vería otra de las raíces del problema en la subordinación del gobierno y del alto mando a "patrones y lineamientos ajenos y extraños a los verdaderos intereses de El Salvador."

Como grave consecuencia de lo anterior, tales factores estarían traduciendo en el campo de batalla en un doble resquebrajamiento psicológico de la disposición para el combate. Según el CMN, "esta situación de corrupción está afectando profundamente nuestra moral como soldados, ya que mientras nosotros y nuestras tropas ponemos en juego nuestras vidas diariamente, los funcionarios públicos de todo nivel sólo piensan y actúan en función de enriquecerse rápidamente." Concomitantemente con lo anterior, el CMN puntualizaba que "la excesiva duración del conflicto está provocando en nosotros y en nuestros soldados un cansancio y agotamiento psicológico y físico que ya está provocando actos de indisciplina masiva y desacato a las órdenes así como apatía al combate."

Las críticas del CMN, en conjunto, no son nuevas. Por el contrario, se trata de reclamos que bajo diversas formulaciones han venido reiterando desde hace varios meses diversas agrupaciones fanatizadas de la derecha, como la Cruzada Pro Paz y Trabajo, el Frente Femenino Salvadoreño y, últimamente, el Movimiento Acción Nacional (MAN). De hecho, a la vista de la afinidad ideológica —incluso de la similitud de las formulaciones— entre el CMN y el MAN, no puede descartarse que el CMN sea un

caballo de Troya más de la derecha en el seno de la Fuerza Armada. Por otro lado, es difícil ponderar hasta qué punto el planteamiento del CMN goza de efectivo consenso al interior del ejército, no obstante que quienes suscribieron —anónimamente— el pronunciamiento aseguran ser un numeroso grupo de oficiales destacados en diversas guarniciones en todas las zonas del país.

Desde luego, las filas de la Fuerza Armada todavía albergan a diversos oficiales que mantienen estrechos vínculos personales y familiares con la derecha. Tal es el caso de los oficiales ligados a la banda de secuestradores del teniente López Sibrián. Tal es el caso, también, de los cuadros militares simpatizantes del coronel Sigifredo Ochoa Pérez, actualmente incorporado en las filas de ARENA. Pero no son estos oficiales recalcitrantes los que, hoy por hoy, controlan el timón de la Fuerza Armada. Con la excepción notoria del general Juan Rafael Bustillo, comandante de la fuerza aérea, el alto mando parece dispuesto a mantener su respaldo al proyecto político trazado por el gobierno de Reagan para el país, a no ser que la Casa Blanca cambie de planes.

P. C.

